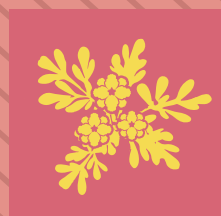
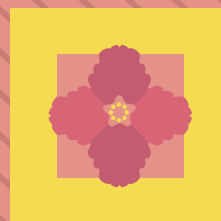


Dih kier laik Resistans:
Raizal Wumans, Kiiprs af
Kolcha ahn Raits Difendas
inah Diaspora

El Cuidado como
Resistencia: Mujeres
Raizales, Guardianas de
Cultura y Defensoras de
Derechos en la Diáspora



Observatorio de Mujeres y Equidad de Género – OMEG
Informe Final. Bogotá D.C., Diciembre, 2025

Noviembre, 2025

Para obtener la versión digital de este documento, puede consultar la siguiente página web:

<https://omeg.sdmujer.gov.co/>

**ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ, D.C.
SECRETARÍA DISTRITAL DE LA MUJER**

Carlos Fernando Galán Pachón

Alcalde Mayor de Bogotá

Laura Marcela Tami Leal

Secretaria Distrital de la Mujer

Juliana Martínez Londoño

Subsecretaria del Cuidado y Políticas de Igualdad

Isabella Muñoz Gómez

Directora de Gestión del Conocimiento

Lina Tatiana Lozano Ruiz

Directora de Enfoque Diferencial

Equipo Observatorio de Mujeres y Equidad de Género

Laura Carolina Díaz Parra

Líder del Observatorio de Mujeres y Equidad de Género

Lina Zárate Saams

Daniela Mahé Soto

Grupo de investigación Observatorio de Mujeres y Equidad de Género

Equipo de la Dirección de Enfoque Diferencial

Mónica Patricia Tenorio

Líder del equipo de grupos étnicos

Milka Elaine Pedroza

Referenta de Mujeres Raizales

Diagramación

Jorge Pachón

Diseñador Observatorio de Mujeres y Equidad de Género

Tabla de contenido

Introducción	3
Marco metodológico	5
Hallazgos	7
1. El cuidado para las mujeres cuidadoras raizales en Bogotá	7
2. Historia, migración y memoria.....	11
3. Hogar, crianza y pedagogía: el problema de “soltar”	14
4. Cuerpo, recarga y autocuidado	16
5. Barreras en la garantía de derechos.....	18
Conclusiones	24
Bibliografía	25

Tabla de ilustraciones

Ilustración 1 - Ruta metodológica.....	5
Ilustración 2 - Dimensiones del cuidado.	8
Ilustración 4 - Proceso de ORFA y la Casa Raizal	14
Ilustración 5 - "Cargas" del cuidado.	15
Ilustración 6 - Autocuidado.....	17
Ilustración 7 - Mujer Raizal "Raizal Wuman".	19

Introducción

Históricamente, el cuidado comunitario ha sido el corazón de la resistencia raizal y, especialmente, somos las mujeres quienes hemos sostenido esa llama encendida, manteniendo viva nuestra cultura, memoria y el sentido de ser una comunidad... lejos del mar.

Lina Zárate Saams

El presente informe desarrolla un análisis integral sobre la situación de las mujeres cuidadoras raizales residentes en Bogotá, reconociendo que su experiencia se encuentra en la intersección entre la migración, el arraigo cultural y la distribución desigual del cuidado. A partir de los aportes de mujeres raizales, lideresas, cuidadoras, sabedoras y referentes comunitarias, este documento recoge las dimensiones históricas, sociales, económicas y culturales que configuran sus vidas en la ciudad, así como las formas en que se expresan, se garantizan o se vulneran sus derechos fundamentales.

Bogotá ha sido, durante décadas, un destino de movilidad para la población raizal que busca educación, salud, oportunidades laborales y espacios de participación. Sin embargo, la llegada a la ciudad también implica enfrentar realidades como la dispersión territorial, la adaptación a dinámicas culturales diferentes y la reconstrucción de redes comunitarias lejos del archipiélago. En este contexto, las mujeres desempeñan un papel central: son quienes sostienen la vida cotidiana, preservan las prácticas culturales, lideran procesos organizativos y articulan redes de apoyo mutuo que permiten a la comunidad mantenerse unida a pesar de la distancia. Sus historias muestran cómo el liderazgo de las mujeres y la transmisión intergeneracional del cuidado han sido fundamentales para la construcción de tejido comunitario tanto en el territorio insular como en la ciudad.

Las narraciones de esta población revelan trayectorias laborales diversas, marcadas por desigualdades que afectan de manera particular a las mujeres cuidadoras. Muchas enfrentan barreras para acceder a empleos formales, estabilidad económica o servicios que faciliten la corresponsabilidad del cuidado. A su vez, las cargas domésticas, emocionales y comunitarias recaen principalmente sobre ellas, intensificando su jornada y limitando su participación plena en otros ámbitos de la vida. No obstante, estas mujeres sostienen prácticas de cuidado que integran saberes ancestrales, espiritualidad, solidaridad y transmisión cultural, configurando estrategias de resistencia y afirmación identitaria.

En ese sentido, el informe también desarrolla cómo estas experiencias se relacionan con los derechos fundamentales priorizados por la Política Pública de Mujeres y Equidad de Género (CONPES 14 de 2021): el derecho a una vida libre de violencias; al hábitat y la vivienda digna; a la paz y la convivencia con equidad; a la participación y representación; a la salud plena; a una cultura libre de sexismo; a la educación con equidad; y al trabajo en condiciones de igualdad y dignidad. A través de la metodología implementada se evidenció que las mujeres cuidadoras raizales enfrentan barreras diferenciales para el acceso pleno a algunos de estos derechos y que han generado estrategias cotidianas a nivel individual, comunitario e institucional para mitigar estos impactos diferenciales al tiempo que generar espacios de resistencia cultural.

Los resultados obtenidos reflejan los efectos positivos de un proceso metodológico desarrollado de manera participativa y concertada con la Organización de la Comunidad Raizal con Residencia Fuera del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina (ORFA), lo que permitió que el análisis construido incorporara de manera rigurosa las perspectivas, prioridades y orientaciones definidas por la propia comunidad. La articulación de los aportes de lideresas, cuidadoras y referentes comunitarias, así como la vinculación de una referenta raizal al equipo investigador, fortaleció el enfoque territorial y garantizó la incorporación de saberes propios y memorias colectivas en la producción del conocimiento.

Este ejercicio investigativo se desarrolló en diálogo permanente entre la comunidad raizal y la Secretaría Distrital de la Mujer y atendió tanto las necesidades expresadas por las mujeres cuidadoras raizales, como a los compromisos institucionales derivados del CONPES 14 de 2021 y de los espacios de consulta, seguimiento y articulación del CONPES 38 de 2023, en el marco de la Política Pública del Pueblo Raizal en Bogotá. De esta manera, los hallazgos y reflexiones que se presentan responden a un proceso construido de manera corresponsable entre la institucionalidad y la comunidad.

En este contexto, la Secretaría Distrital de la Mujer y el Observatorio de Mujeres y Equidad de Género – OMEG expresan su agradecimiento a la ORFA por su acompañamiento constante, su disposición al diálogo y su compromiso con la construcción colectiva de este ejercicio investigativo. Asimismo, se reconoce de manera especial a las mujeres raizales que compartieron generosamente sus experiencias, saberes y memorias, haciendo posible este proceso de reflexión y visibilización de sus realidades.

El informe se encuentra organizado en varios capítulos que permiten una lectura progresiva y articulada de los resultados. En un primer apartado se presenta el marco contextual y conceptual que sitúa la experiencia de las mujeres cuidadoras raizales en Bogotá, abordando elementos históricos, culturales y territoriales del pueblo raizal y su relación con el cuidado. Posteriormente, se desarrolla el enfoque metodológico, destacando el carácter participativo, concertado y comunitario del proceso investigativo. Los capítulos siguientes exponen los hallazgos del trabajo de campo, organizados a partir de las condiciones socioeconómicas, culturales y de cuidado, así como del análisis de barreras, afectaciones y estrategias frente al ejercicio de los derechos fundamentales priorizados. Finalmente, el informe cierra con un apartado de conclusiones y recomendaciones, en el que se sintetizan los principales hallazgos y se proponen orientaciones para el fortalecimiento de la acción institucional y la formulación de políticas públicas con enfoque étnico y de género.

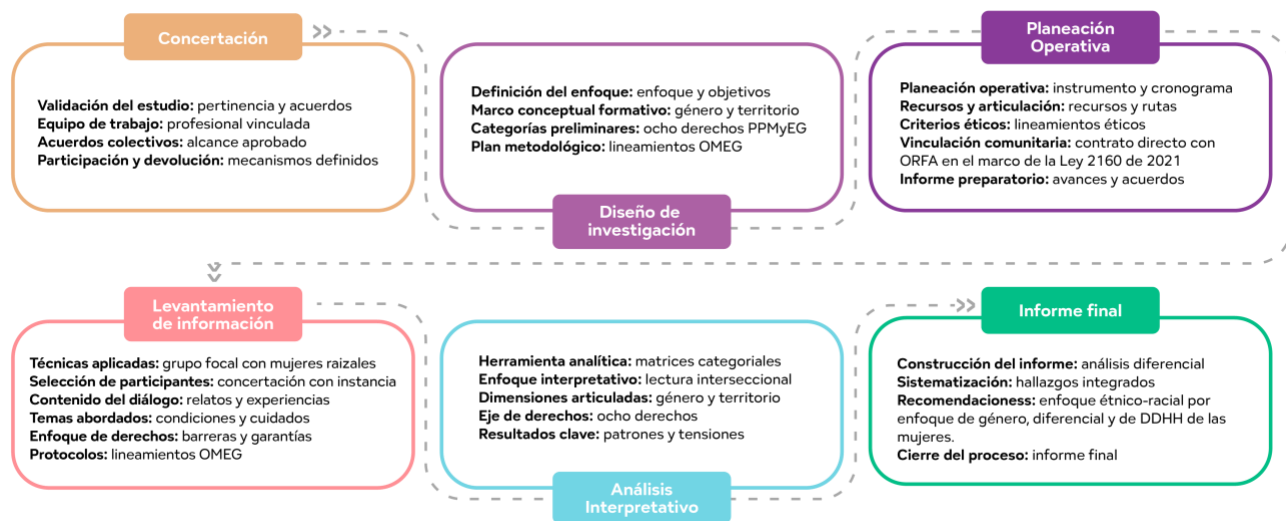
De manera integral, esta investigación se concibe como un insumo estratégico para orientar la formulación, implementación y fortalecimiento de políticas públicas desde un enfoque étnico y situado, reconociendo a las mujeres raizales como protagonistas, referentes políticas y portadoras de memorias colectivas, cuyo papel resulta fundamental en la transformación social y cultural de la ciudad.

Marco metodológico

El presente estudio se desarrolló mediante un enfoque cualitativo, orientado a comprender las experiencias, percepciones y trayectorias de las mujeres cuidadoras raizales residentes en Bogotá. Este enfoque permitió captar las dimensiones simbólicas, culturales y territoriales que configuran sus prácticas de cuidado, así como las barreras y estrategias de resistencia que construyen para la garantía de sus derechos fundamentales. La investigación se fundamentó en la producción colectiva de conocimiento, privilegiando las voces de las mujeres y los espacios de concertación con la Instancia de Representación del Pueblo Raizal en Bogotá.

La apuesta cualitativa se articuló con los lineamientos del OMEG, en cumplimiento de su misionalidad de generar información con enfoque interseccional, territorial y diferencial, útil para la toma de decisiones en el marco de la Política Pública de Mujeres y Equidad de Género. Desde esta perspectiva, el cuidado no solo fue abordado como categoría analítica, sino también como principio ético y político que orientó el diseño, la implementación y el desarrollo del proceso investigativo.

Ilustración 1 - Ruta metodológica.



Fuente de elaboración propia.

La ruta metodológica inició con un proceso de concertación con la Instancia de Representación del Pueblo Raizal, mediante un diálogo preliminar orientado a validar la pertinencia del estudio y a establecer los acuerdos fundamentales para su desarrollo. En esta fase, uno de los ejes centrales de la propuesta metodológica fue la vinculación activa de una mujer investigadora perteneciente a la comunidad raizal, quien participó de manera integral en el proceso investigativo desde la fase de diseño y planeación, y no únicamente en el levantamiento de información. Esta participación permitió incorporar lecturas situadas del territorio, la cultura y las dinámicas comunitarias, fortaleciendo el enfoque étnico-racial del estudio y garantizando que las decisiones metodológicas respondieran a las formas propias de diálogo, encuentro y

construcción de saberes de la comunidad raizal, al igual que se revisaron de manera conjunta los objetivos, enfoques y población priorizada, con el fin de ajustar el alcance y garantizar la aprobación colectiva de la ruta metodológica. Asimismo, se definieron los mecanismos de participación y las formas de devolución de resultados.

Posteriormente se avanzó en el diseño de la investigación, que incluyó la definición del enfoque, los objetivos específicos y las preguntas orientadoras; la construcción del marco conceptual y normativo que integró perspectivas de género, cuidado, territorialidad y enfoque étnico-racial; la identificación de categorías preliminares según los ocho derechos fundamentales de la PPMYEG; y la formulación del plan metodológico conforme a los lineamientos del OMEG. Esta etapa se complementó con la planeación operativa, que comprendió el diligenciamiento del Instrumento de Planeación, la definición del cronograma, los recursos y las rutas de articulación, así como los criterios éticos. Se formalizó un contrato directo con ORFA para brindar condiciones culturalmente pertinentes para el desarrollo de los espacios, es decir, refrigerios acordes a las tradiciones alimentarias y a las necesidades de las participantes. De igual manera, se cuidaron otros elementos del espacio —ambientación, tiempos de diálogo, disposición de materiales— con el fin de propiciar escenarios seguros, respetuosos y coherentes con el enfoque étnico y comunitario del estudio. Finalmente, se elaboró un Informe de Gestión preparatorio que documentó avances y concertaciones.

El diseño y ajuste del instrumento de recolección incluyó la construcción de una guía de grupo focal con enfoque étnico-racial y de derechos, incorporando la actividad *Mi cuerpo, mis derechos* como herramienta de cartografía corporal adaptada a los ocho derechos fundamentales, en la que las participantes representaron gráficamente los impactos del cuidado, las vulneraciones y las garantías de derechos a partir del uso de colores, símbolos y narrativas propias. Asimismo, se incorporaron *fanzines* como recurso creativo y pedagógico, entendidos como piezas de autopublicación que permitieron a las mujeres narrar sus historias, prácticas de cuidado y estrategias de resistencia de manera libre y situada. Estas técnicas fueron seleccionadas por su pertinencia cultural y su capacidad para generar ambientes de confianza, diálogo horizontal y reconocimiento mutuo en los espacios colectivos.

Tabla relación de fuentes

Tipo de fuente	Fecha de realización	Tipo de actor
Entrevista 1	23 de octubre del 2025	Sabedora Raizal
Entrevista 2	20 de octubre del 2025	Apoyo logístico grupos focales
Grupo focal 1	04 de octubre del 2025	Mujeres cuidadoras raizales
Grupo focal 2	04 de octubre del 2025	Mujeres cuidadoras raizales

Este instrumento fue validado con la Instancia de Representación, realizando los ajustes correspondientes. El levantamiento de información se desarrolló a través de dos grupos focales con un total de veinte mujeres

cuidadoras raizales seleccionadas en concertación con la Instancia. En estos espacios participaron mujeres raizales de distintas edades y trayectorias de vida, lo que permitió recoger una diversidad de experiencias y relatos relacionados con el cuidado, las condiciones socioeconómicas, las dinámicas culturales y territoriales, y el acceso a derechos en la ciudad. El análisis interpretativo se realizó mediante matrices categoriales y una lectura interseccional que articuló género, cuidado, etnicidad y territorio, permitiendo interpretar los hallazgos a la luz de los ocho derechos fundamentales e identificar patrones, tensiones y estrategias comunitarias. Finalmente, se construyó el informe integrando un análisis con enfoque diferencial e interseccional, sistematizando los hallazgos en diálogo permanente con la Instancia de Representación y formulando recomendaciones institucionales con enfoque étnico-racial y de género. El proceso culminó con la presentación del Informe de Gestión final, que reportó el cumplimiento, la ejecución y los resultados del estudio.

Hallazgos

1. El cuidado para las mujeres cuidadoras raizales en Bogotá

El cuidado para las mujeres cuidadoras raizales en Bogotá se configura como una práctica multidimensional, marcada por trayectorias de movilidad; estrategias de resistencia y adaptación cultural; y desigualdades asociadas a la migración, la racialización y los roles de género. Comprender estas experiencias exige un enfoque interseccional que reconozca la multiplicidad de varias identidades y opresiones en una misma trayectoria vital evitando visiones homogéneas sobre la población raizal y atendiendo a las variaciones derivadas del lugar de nacimiento, el nivel de ingresos, las configuraciones familiares y los recorridos educativos y laborales (Lugones, 2008; Espinosa Miñoso, 2014; Drullard, 2023). Este marco permite situar el cuidado no solo como una tarea cotidiana, sino como un eje central en la sostenibilidad de la vida comunitaria y en la transmisión de saberes, prácticas y afectos que no se encuentra exento de relaciones de poder, construcción de redes sociales, reproducción de roles de género y reconfiguración de las formas de ser mujer raizal.

Al respecto, es clave tener en cuenta que, en la comunidad raizal, las mujeres han desempeñado históricamente el rol de la preservación de la lengua, la transmisión de conocimientos y el sostenimiento de redes familiares y comunitarias (Livingston, Archbold & Robinson, 2022). En Bogotá, estos roles se reconfiguran frente a barreras económicas y sociales vinculadas al racismo estructural, la precarización laboral y la insuficiente garantía institucional de derechos, condiciones que afectan de manera particular a quienes ejercen labores de cuidado. Las exigencias cotidianas que asumen en un contexto urbano amplifican la carga física y emocional que recae sobre ellas.

En este contexto, la construcción de fanzines realizada por las propias mujeres permitió mapear seis formas de comprender el cuidado que articulan dimensiones materiales, afectivas, éticas, culturales y espirituales. A través de dibujos, palabras, colores y metáforas, las participantes representaron el cuidado como

responsabilidad cotidiana, búsqueda de equilibrio interno, preservación de la memoria, trabajo invisibilizado, red de apoyo comunitario y práctica marcada por roles de género persistentes. Estas narrativas muestran que el cuidado que ejercen trasciende ampliamente el ámbito doméstico y se proyecta sobre el cuerpo, el hogar, la comunidad y el territorio insular como espacio simbólico y afectivo:

Ilustración 2 - Dimensiones del cuidado.



Fuente de creación propia a partir de fanzines hechos por mujeres cuidadoras raizales.

1. **Responsabilidad:** Para las mujeres raizales, el cuidado está ligado a la responsabilidad cotidiana por la alimentación, el sostenimiento del hogar y la presencia afectiva. En sus representaciones aparece la idea de que cuidar es garantizar bienestar material y emocional: “Mi mamá me cuida... me da comida, me aguanta en su casa y me ama mucho”. El acto de preguntar cada día “¿hijos, qué quieren comer?” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025), sintetiza esta comprensión del cuidado como respuesta constante a las necesidades de otros. El hogar se concibe como un espacio que requiere atención permanente, lo que sitúa a las mujeres como principales responsables de su funcionamiento.

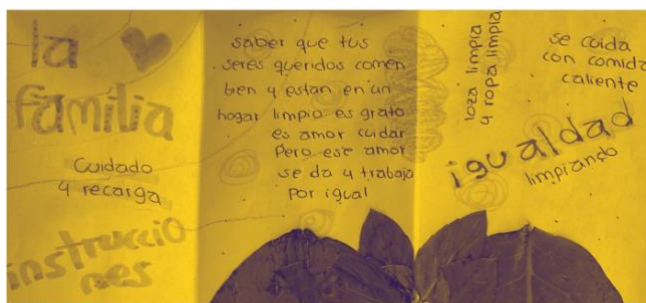
2. **Sentir que se hace “lo correcto”:** El cuidado también se entiende como una búsqueda ética. Su representación gráfica —palabras como “*visión correcta*”, “*acción correcta*”, “*medio de vida correcto*” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025)— muestra que cuidar implica actuar de forma coherente con valores internos y con el equilibrio entre la persona y su entorno. Una mujer lo expresó como la necesidad de “encontrar el equilibrio interno” posicionando el cuidado como una práctica que no solo atiende necesidades materiales, sino que consiste en una forma de estar en el mundo de acuerdo con principios que consideran justos, respetuosos y responsables.
3. **Memoria:** El cuidado se vive también como un acto de preservación cultural. La elaboración del Rondón¹ escrito en colores vivos, acompañado de imágenes del plato en forma de pez y plantas tradicionales— simboliza que alimentar es transmitir historia, identidad y raíces. Como lo escribió una participante: “*A mis hijos mi amor y mi cariño con mi sazón, y les doy a conocer las comidas típicas de mi isla*” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025). Incluso lejos del territorio insular, el cuidado es mantener vivos los sabores y prácticas ancestrales: “*Aunque están en un entorno fuera de las islas [...] les demuestro*”.
4. **Trabajo:** Las mujeres identifican que el cuidado constituye un trabajo permanente, frecuentemente invisible y extenuante. El peso del cuidado se traduce en una carga mental persistente: “*en nombre del amor terminamos asumiendo una cantidad de cosas*” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025), incluso cuando reconocen que no les corresponde. La percepción de que la casa es “más de ellas” que de las demás personas hace que cualquier desorden recaiga emocional y simbólicamente sobre sus hombros. También emerge el agotamiento asociado a la supervisión constante de tareas ya delegadas: “*están delegados, saben qué tienen que hacer, pero uno no puede soltarlo... si yo me quedo callada, nada pasa*”.
5. **Redes y apoyo social:** Las mujeres reconocen el cuidado como un ejercicio que fortalece redes y promueve la solidaridad. Por un lado, se sienten cuidadas y cuidadoras a través del acompañamiento en las tareas cotidianas, expresado en la idea de que mientras una persona cocina, otra debe “entretenerla”: una forma de reconocer que el cuidado necesita compañía, descanso emocional y reciprocidad. Por otro lado, en los entornos comunitarios el cuidado se convierte en una práctica que “*aflora la solidaridad, la unión y el compromiso*”. Asimismo, los espacios de encuentro y conversación permiten liberar tensiones: “*por medio de la palabra uno empieza a soltar esas cargas*” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025). En otras palabras, el cuidado aparece como una labor que se construye en colectivo. De allí surge una noción central: el cuidado exige trabajo en equipo y corresponsabilidad, pues “*todos deben trabajar en equipo en las responsabilidades del hogar*” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025), un principio que interpela la carga histórica asignada a las mujeres.

¹ El Rondón es el plato insignia del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina; su nombre proviene del inglés “run down” (buscar o recoger), refiriéndose a la tradición de cocinar con lo que se lograba recolectar en el día. Es un guiso caldoso a base de leche de coco que combina pescado de mar, caracol pala, cola de cerdo salado (pigtail), tubérculos como yuca y ñame, fruta de pan (bread fruit) y masas de harina (dumplings), representando la esencia de la herencia afrocaribeña

6. **Roles de género:** Las mujeres identifican que gran parte de esta carga proviene de los roles de género que aún las sitúan como responsables principales del cuidado. Aunque delegan, reconocen que “no es fácil soltar” porque sienten que deben garantizar que todo funcione. La multiplicidad de roles intensifica esta sensación: “tenemos roles de madres, rol de profesionales... y es cómo dar amor con ese tipo de cosas, lo vean o no lo vean” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025).

El cuidado se entrelaza con el amor y la expectativa social de ser quienes atienden, cocinan y mantienen el orden: “Me gusta preparar las comidas favoritas de mi esposo e hijo”; “mantener mi casa en orden para que mi familia tenga un espacio agradable” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025). Aunque estas prácticas expresan afecto genuino, las mujeres reconocen que se sustentan en normas de género que asignan a ellas las tareas de cuidado.

Ilustración 3 - Demostraciones de cuidado.



A mis hijos mi amor y mi cariño con mi sazón les doy a conocer las comidas típicas de mi isla



Fuente: elaboración propia a partir de fanzines hechos por mujeres cuidadoras raizales. Traducción: The Land “Las Islas” - Crab Soup “Sopa de Cangrejo” - Lemon Pie “Tarta de Limón” - Pigtail “Cola de Cerdo” - First Baptist “Primera Iglesia Bautista” - Loma, Cove “Barrios de San Andrés” - South “Sur de la isla”

En conjunto, las narrativas muestran que el cuidado que ejercen las mujeres raizales trasciende el hogar y se proyecta sobre múltiples dimensiones de la vida: el cuerpo, la comunidad y el territorio insular como espacio simbólico y afectivo. Esta amplitud confirma que el cuidado no es solo una práctica cotidiana, sino un proceso relacional que articula lo material, lo emocional, lo cultural y lo espiritual (Tronto, 1993; Pérez Orozco, 2014). Al cuidar, las mujeres sostienen la vida en sentido amplio y, simultáneamente, resguardan su identidad colectiva, transmiten memoria y preservan vínculos con el territorio, incluso en contextos de movilidad y desarraigo. Lo que cuidan no es únicamente a otros: también cuidan la lengua, la cocina, los rituales, la comunidad y los sentidos de pertenencia que sostienen su proyecto de vida.

A partir de este marco, los siguientes apartados profundizan en las dimensiones que configuran estas experiencias: historia, migración y memoria; hogar, crianza y pedagogía; cuerpo, recarga y autocuidado; y las barreras para la garantía de derechos priorizados en el CONPES 14. Estas secciones permiten comprender cómo las mujeres negocian, resisten y transforman las cargas del cuidado en su vida cotidiana y en sus trayectorias de movilidad.

2. Historia, migración y memoria

El pueblo raizal constituye una etnia anglo–afro–caribeña cuya identidad se encuentra profundamente ligada al *territorio-maritorio* del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. La espiritualidad, la lengua materna el *creole*, las prácticas culturales y la memoria colectiva han sido pilares esenciales para la organización social del pueblo, sustentada en la solidaridad, la reciprocidad y la responsabilidad comunitaria. Esta concepción de mundo se expresa en lo que Livingston, Archbold y Robinson (2022) describen como “un sentimiento de ser de la tierra y mar de las islas”, que articula el sentido de pertenencia y la continuidad cultural del pueblo.

El carácter anglo–afro–caribeño del pueblo raizal tiene raíces históricas profundas, vinculadas a los asentamientos ingleses del siglo XVII, al posterior repoblamiento por familias provenientes de Jamaica, Curazao, Escocia e Irlanda, y a la presencia afrodescendiente esclavizada que, para 1637, constituía cerca del 50 % de la población insular (Meisel Roca, 2005). Este entramado histórico y cultural consolidó una identidad marcada por la lengua, la espiritualidad y un fuerte vínculo con el maritorio. No obstante, a mediados del siglo XX, una serie de transformaciones económicas impulsadas desde el nivel central —entre ellas la crisis de la producción tradicional del coco², base de la economía agrícola y de subsistencia raizal— y la búsqueda de alternativas de desarrollo llevaron al Gobierno Nacional, durante el periodo de Rojas Pinilla, a instaurar el régimen de Puerto Libre en 1953. Esta medida no solo reorientó la economía local hacia el comercio y el turismo, sino que debilitó de manera estructural la producción agrícola tradicional, provocó el ingreso masivo de turistas y migrantes continentales, reconfiguró las dinámicas territoriales y domésticas, y derivó en que el pueblo raizal se convirtiera en minoría en su propio territorio (Meisel Roca, 2005).

En ese sentido, aunque el Puerto Libre dinamizó el comercio insular, sus beneficios fueron desiguales: para 1962 las y los raizales representaban apenas el 14,6% de los comerciantes registrados y controlaban solo el 8% del capital, quedando marginados de los sectores económicos más lucrativos (Meisel Roca, 2005). Al mismo tiempo, la oferta de servicios de salud, educación, agua y saneamiento no creció al ritmo del aumento poblacional, profundizando las desigualdades y limitando el acceso a oportunidades formativas y

² La denominada “crisis del coco” hace referencia al deterioro progresivo de la producción cocotera, actividad que constituyó durante décadas la base de la economía agrícola, comercial y de subsistencia del pueblo raizal. Este proceso estuvo asociado, entre otros factores, a la caída de los precios internacionales del coco y sus derivados, a la afectación de los cultivos por plagas y enfermedades, a la falta de políticas estatales de apoyo a la producción local y, posteriormente, a la competencia desigual con productos importados tras la instauración del régimen de Puerto Libre en 1953. La desarticulación de esta economía tradicional tuvo impactos directos en los medios de vida, la autonomía económica y la relación territorial del pueblo raizal, profundizando condiciones de dependencia económica y vulneración de derechos colectivos (Meisel Roca, 2005).

laborales. Estas tensiones impulsaron procesos migratorios hacia el territorio continental, especialmente hacia Bogotá, en búsqueda de educación, empleo y condiciones de vida más estables (Livingston et al., 2022). La migración no solo implicó un desplazamiento geográfico, sino también la reconstrucción de la vida comunitaria en un entorno urbano ajeno a las dinámicas insulares.

La llegada a Bogotá implicó para la comunidad raizal la urgencia de fortalecer el tejido comunitario mediante espacios de encuentro, apoyo mutuo y conservación cultural. La propia comunidad reconoce que la organización surgió como un acto colectivo, motivado tanto por la unidad como por el deseo de mantener el vínculo con el territorio ancestral. Como señala una lideresa raizal, *“nos reunimos aunando esfuerzos para mantenernos unidos en Bogotá y visionando cómo podríamos regresar al territorio a ofrecer nuestros servicios y ayudar”* (Sabedora raizal, comunicación personal, 2025).

Si bien en el territorio insular el cuidado se sostiene en redes familiares y comunitarias amplias, en Bogotá estas redes no desaparecen, sino que se reconfiguran. En ese sentido, las prácticas de solidaridad y apoyo mutuo, históricamente presentes en el pueblo raizal, continúan manifestándose en Bogotá. La comunidad se sostiene mediante ayudas cotidianas y acompañamiento ante situaciones difíciles: *“en el contexto de ciudad, estas manifestaciones se expresan de otra manera... ayudando en lo que podamos cuando alguien atraviesa una situación difícil”* (Sabedora raizal, comunicación personal, 2025).

Estas redes se fueron materializando en organizaciones como ORFA (Organización de Residentes Fuera del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina), que fue creada en el año 2004 y reúne a la comunidad raizal que vive en la ciudad de Bogotá, así como a diversas iniciativas comunitarias que mantienen vivo el sentido de solidaridad raizal. En este contexto, las mujeres han sido fundamentales para sostener los procesos organizativos de la diáspora:

“En estos procesos comunitarios y sociales, la mujer, especialmente la mujer raizal, ha tenido un papel fundamental, porque si bien somos apoyadas por los hombres, normalmente la iniciativa es de la mujer: de liderar estos procesos, de ver las necesidades de la comunidad... la mujer raizal tiene ese compromiso de servicio a su comunidad, de ayudar a la gente, de liderar procesos para el mejoramiento de la calidad de vida de los paisanos” (Sabedora raizal, comunicación personal, 2025).

Este compromiso histórico explica por qué han sido, de manera persistente, las principales impulsoras del proyecto de la Casa Raizal, hoy consolidada en el espacio Piis a Huom (que significa “pedacito de casa”), sosteniendo su funcionamiento y reivindicando su importancia para la comunidad. Para las mujeres cuidadoras raizales en Bogotá, este cuidado ampliado se entrelaza con la manera en que entienden y reconstruyen su territorio, no solo como un espacio geográfico, sino como un “lugar de relaciones” (Raestain, 2011) configurado por vínculos de solidaridad, reconocimiento y apoyo mutuo. En la perspectiva raizal, el territorio, incluido el territorio insular ancestral y los espacios urbanos donde hoy se reagrupa la diáspora, opera como un referente identitario que estructura la vida comunitaria:

Sí, porque nosotros siempre hemos estado aquí en Bogotá, pero regados en todas las localidades. Entonces la idea de tener una casa era y es la de contar con un sitio de referencia donde la gente sepa que allí hay un pedacito de San Andrés, y ese fue el verdadero motivo de tener la casa cuando yo fui intendente y tuve la oportunidad; por eso arrendamos en primera instancia una casa, para que la gente supiera que aquí había como una especie de embajada para los raizales en Bogotá (Sabedora raizal, comunicación personal, 2025).

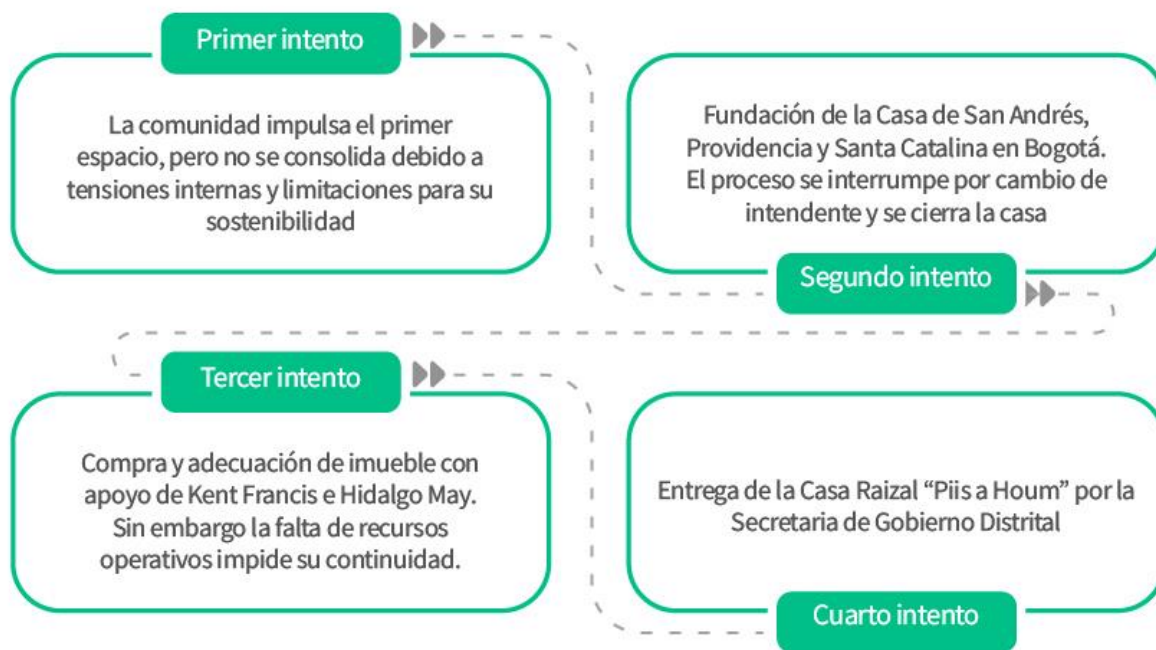
Tras un primer intento fallido para el montaje de la Casa Raizal, debido a tensiones internas en la organización, la comunidad emprendió un segundo esfuerzo desde la Fundación de la Casa de San Andrés, Providencia y Santa Catalina en Bogotá, motivado por el deseo persistente de *“tener un punto de referencia en Bogotá donde pudiéramos acudir, estar juntos y aunar esfuerzos para mantenernos unidos y también coadyuvar a la solución de las problemáticas en las islas”* (Sabedora raizal, comunicación personal, 2025). En ese momento, la lideresa entrevistada ejercía como intendente del archipiélago, lo que permitió avanzar en la creación de la Casa. Hasta 1991, esta figura era la máxima autoridad del territorio y representante directo del Presidente, lo que le otorgaba un poder centralizado clave en decisiones como la declaratoria de Puerto Libre; no obstante, al ser un cargo designado y no electo, su visión solía priorizar las directrices de Bogotá sobre la autonomía raizal. Esta fragilidad política quedó en evidencia cuando el proceso se vio abruptamente interrumpido por la llegada de un nuevo intendente quien, según el testimonio:

“No le parecía importante ese proceso, principalmente porque él no era raizal y no veía la importancia de tener una casa en Bogotá donde pudiéramos reunirnos”, razón por la cual decidió cerrarla aun cuando la comunidad ya había arrendado un inmueble y se encontraba organizándolo (Sabedora raizal, comunicación personal, 2025)

Por esta razón, decidió cerrarla a pesar de que la comunidad ya había arrendado y organizado un inmueble. A pesar de este revés, la comunidad impulsó un tercer intento, esta vez desde la fundación y no desde el gobierno. Con el apoyo del entonces representante a la Cámara Kent Francis y, posteriormente, durante la intendencia de Hidalgo May, se logró comprar un inmueble y refaccionarlo.

Este avance representó un logro significativo, aunque nuevamente el proyecto enfrentó dificultades: *“no tuvimos cómo sostener la casa porque había que pagar servicios, pagar una persona que estuviera allí... y nuevamente fracasó nuestro intento”* (Sabedora raizal, comunicación personal, 2025). Estos sucesivos procesos reflejan tanto la persistencia histórica de la comunidad raizal por mantener un espacio propio en la ciudad como los retos institucionales, económicos y humanos que han surgido en el camino. Finalmente, después de años de esfuerzos, la Casa Raizal que existe actualmente fue entregada en 2024 por la Secretaría de Gobierno de Bogotá, consolidándose como un símbolo de unidad, memoria y afirmación cultural para las familias raizales residentes en la capital.

Ilustración 3 - Proceso de ORFA y la Casa Raizal



Fuente de creación propia a partir de (Sabedora raizal, entrevista 1, 2025).

Estos esfuerzos revelan cómo el cuidado comunitario también operó como una forma de acción política: las mujeres tejieron redes de apoyo, gestionaron soluciones colectivas, preservaron la memoria organizativa y mantuvieron viva la convicción de contar con un espacio físico y simbólico que fortaleciera la identidad raizal en la ciudad. Este cuidado expandido, permitió enfrentar tensiones institucionales, limitaciones financieras y cierres previos de la Casa Raizal, al tiempo que consolidó la capacidad de la comunidad para incidir políticamente, reclamar reconocimiento y dialogar con el Distrito.

3. Hogar, crianza y pedagogía: el problema de “soltar”

En los hogares raizales, las labores de cuidado constituyen un espacio cotidiano de reafirmación cultural e identitaria, en el que se articulan saberes ancestrales, vínculos afectivos y prácticas espirituales. Actividades como la cocina tradicional, el uso de plantas medicinales, la limpieza energética del hogar y la transmisión del creole permiten preservar y actualizar la memoria cultural, incluso en contextos urbanos como Bogotá. Las mujeres cuidadoras destacan el uso de plantas tradicionales —como el soasap leaf, las hojas de guanábana o las infusiones de flor de Jamaica (sorrel)— tanto para el manejo de malestares físicos como para el bienestar emocional, a partir de conocimientos transmitidos de manera intergeneracional. Estas prácticas no solo cumplen una función terapéutica, sino que también crean espacios de encuentro,

conversación y acompañamiento, en los que el cuidado se expresa como presencia y escucha. De igual forma, la limpieza energética del hogar emerge como una práctica central orientada a proteger a las personas y al espacio doméstico de energías negativas, reforzando la idea del cuidado como una dimensión integral que abarca cuerpo, hogar y espiritualidad. Como expresan las propias mujeres, estas prácticas se heredan y se resignifican en el tiempo, de modo que el acto de “limpiar” o preparar una bebida tradicional se entiende como una forma concreta de cuidado y protección que trasciende generaciones (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025).

Este lugar central en la preservación cultural se entrelaza con una distribución profundamente desigual del trabajo doméstico y de cuidado. Son las mujeres quienes, de manera sistemática, asumen la mayor parte de las tareas del hogar y la organización cotidiana de la vida familiar: *“el pueblo raizal se caracteriza por ser muy matriarcal... la preservación y la divulgación siempre ha estado a cargo de las mujeres, de las abuelas, de las tías”* (Entrevista 2, comunicación personal, 2025). Como lo expresa una participante, esa centralidad termina convirtiéndolas en figuras indispensables: *“uno se vuelve indispensable en la casa... porque todo lo puede, pero eso también deja a los hijos sin herramientas”* (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025).

Ilustración 4 - "Cargas" del cuidado.



Fuente de creación propia a partir de fanzines hechos por mujeres cuidadoras raizales.

A esta distribución desigual se suma la carga mental que enfrentan diariamente: la responsabilidad de organizar, prever, gestionar y resolver, aun cuando delegan algunas tareas. Esta presión se agudiza al articular empleo, crianza, vida comunitaria y preservación cultural en un entorno urbano. En respuesta a este agotamiento, muchas mujeres individualizan la solución, asumiendo que deben “soltar”, relajarse y cuidar de sí mismas. Una participante lo expresa así: *“hoy no quiero empezar con cantaleta... agradezco y dejo que el día fluya”* (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025). Otra señala que debe aprender a dejar que su hijo tienda la cama “no perfecta”, porque *“si yo no le permito hacerlo...”*

no lo va a aprender” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025). Aunque estas estrategias alivian la tensión, tienden a desresponsabilizar a otros miembros del hogar, reproduciendo la inequidad en la distribución del cuidado.

Finalmente, las mujeres asumen una **sobrecarga pedagógica del cuidado**, en tanto no solo realizan de manera cotidiana las labores de cuidado, sino que también cargan con la responsabilidad de enseñar a cuidar. Esto implica orientar de forma permanente a hijas, hijos, parejas y otros familiares en tareas domésticas, prácticas culturales y pautas de autonomía, reforzando una doble carga que combina la ejecución del cuidado con su transmisión social:

“Ya, me enchuquisé. Ya se me acabó todo: la paciencia, el yoga, todo. No pude más. Porque es que usted y yo llevamos una semana esperando a ver cuándo lo va a hacer. Una semana diciéndole: espérate, ¿cuándo lo vas a hacer? Y no es solo con los hijos. También con el esposo. Pero es que yo no lo parí. No me voy a quedar criando a un viejo. Yo no voy a terminar de criarlos a ellos ni a sus mamás. Yo no tengo por qué terminar de criar” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025).

Una participante recuerda cómo su madre, durante su adolescencia, la impulsó a resolver problemas por sí misma: *“eso me generó herramientas... porque no tengo que depender de” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025).* Otras reflexionan sobre los efectos de resolverlo todo para los hijos: *“uno puede tirarse la vida de un hijo... porque después para todo están necesitando y no saben qué hacer” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025).* Estas experiencias muestran que, además de la sobrecarga física y mental, recae sobre ellas la responsabilidad de formar a otros en habilidades básicas para la vida.

En conjunto, los relatos evidencian que el cuidado en las familias raizales cumple un doble papel: es un espacio de afirmación cultural indispensable para la continuidad del pueblo raizal en Bogotá, pero también es una fuente persistente de sobrecarga para las mujeres. Las prácticas que garantizan la sostenibilidad de la vida y la identidad se desarrollan bajo condiciones de desigualdad que afectan su bienestar y autonomía, y que siguen siendo asumidas como responsabilidades individuales más que como obligaciones compartidas al interior del hogar.

4. Cuerpo, recarga y autocuidado

Los espacios colectivos de reflexión se convierten para muchas mujeres raizales en un lugar donde el cuerpo puede detenerse, expresarse y liberar tensiones acumuladas. Varias participantes describen estos encuentros como un momento de catarsis: un lugar donde *“igual, aunque son cosas que muchas veces ya se han escuchado, son importantes decirlas”, y donde algunas pueden aprender de otras que están “más conscientes de ciertos temas” (Entrevista 2, comunicación personal, 2025).* Estos espacios permiten nombrar lo que se siente, compartir experiencias y reconocer que el bienestar corporal y emocional es un derecho que también les pertenece.

El autocuidado aparece como una necesidad profunda y, a la vez, como una práctica política atravesada por la responsabilidad colectiva. Como señalaron en el grupo focal, *“el cuidado comunitario requiere de pasión, vocación, pero sobre todo de autocuidado y visión colectiva”*. Esta dimensión corporal y emocional se hace evidente cuando las mujeres explican que estos espacios les permiten *“hacer un alto en el camino”* y salir del modo automático que impone la vida cotidiana (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025). El detenerse es una necesidad en tanto forma de garantizar su propia integridad frente a las múltiples exigencias del cuidado; al tiempo que se convierte en un lujo por la falta de tiempo.

A través del diálogo, ellas identifican que su estado emocional repercute directamente en la armonía del hogar. Una participante relató que, cuando logra tranquilizarse, *“todo alrededor se armoniza”*, mientras que si está estresada el ambiente completo cambia. Por eso, cultivar momentos de calma y conexión consigo mismas se vuelve una forma de proteger no solo su bienestar físico, sino también el de quienes las rodean. Estos ejercicios, decía una mujer, ayudan a que el autocuidado *“no quede en el discurso, sino que quede realmente en el interior”* (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025).

Ilustración 5 - Autocuidado.



Fuente de creación propia a partir de fanzines hechos por mujeres cuidadoras raizales.

Las prácticas cotidianas asociadas a la organización del hogar —ordenar, cocinar, mantener limpio— también se viven como formas de regulación emocional y de afirmación personal. Como lo explicó una participante, llegar a un espacio organizado la ayuda a sentirse bien y tranquila, aunque reconociendo que no todas las personas lo viven de la misma manera (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025). Para otras, estos momentos abren un espacio para reconectar consigo mismas en medio del desgaste que deja la carga del cuidado: *“siempre estamos dispuestas a los demás... este espacio me conecta y me relaja porque me llena de las experiencias de los otros”* (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025).

El proceso de creación del fanzine evidenció estas tensiones. Varias mujeres reconocieron que viven atrapadas en el cuidado: *“nos quedamos ahí metidas y se nos olvida que hay que delegar”* (Grupo focal,

mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025). Otra señaló que, aunque delegue, le cuesta “soltar”, especialmente cuando las tareas no se hacen “como uno quiere”, lo que aumenta el estrés y refuerza el círculo de autoexigencia (*Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025*).

De allí surge una demanda clara por contar con espacios propios, aunque sean breves: “5, 10, 20 minutos... un espacio donde podamos aislarnos y tener ese encuentro con nosotras mismas para poder cuidarnos y protegernos” (*Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025*). Esta necesidad parte del reconocimiento de que, si no se cuidan, las afectaciones recaen directamente sobre sus cuerpos y sus vidas. Por eso, una de las participantes destacó la importancia de aprovechar cualquier lugar o momento —“ponerse audífonos”, “bailar”, “encerrarse en un cuarto”— para sostener prácticas de bienestar que no dependan exclusivamente de su rol como cuidadoras. Las corpocartografías complementan esta reflexión: en las listas de acciones junto a sus siluetas —escuchar música, descansar, compartir con amistades o disfrutar su sexualidad— aparece una búsqueda deliberada de placer, calma y bienestar como formas de resistencia cotidiana.

En conjunto, estos relatos permiten comprender que el cuidado del cuerpo y de la salud emocional de las mujeres raizales no puede leerse al margen de las desigualdades estructurales que atraviesan sus vidas. Las prácticas de autocuidado que ellas construyen —detenerse, escucharse, crear espacios propios, buscar el placer y la calma— no responden únicamente a una lógica individual de bienestar, sino que constituyen estrategias de autopreservación frente a la sobreexigencia, el desgaste y la naturalización de la carga del cuidado. En este sentido, las experiencias narradas dialogan con la reflexión de Audre Lorde, quien plantea que el cuidado de sí misma no es un acto de indulgencia, sino una práctica de supervivencia y una acción profundamente política para las mujeres racializadas y aquellas que sostienen labores de cuidado en contextos de desigualdad (Lorde, 1988). Desde esta perspectiva, el autocuidado emerge como una forma de resistencia cotidiana que permite sostener el cuerpo, la vida y los vínculos, aun cuando las condiciones materiales y temporales para ejercerlo sean limitadas. No obstante, las propias mujeres advierten que el autocuidado no debería recaer exclusivamente sobre ellas: se trata de un derecho que exige corresponsabilidad familiar, comunitaria e institucional, así como transformaciones estructurales que garanticen tiempo, reconocimiento y condiciones dignas para su bienestar integral.

5. Barreras en la garantía de derechos

El ejercicio del cuidado que realizan las mujeres raizales en Bogotá se relaciona con el acceso, la garantía y las vulneraciones de varios de los derechos priorizados en la Política Pública de Mujeres y Equidad de Género. En las corpo-cartografías, las participantes destacaron principalmente cuatro derechos, identificando tanto barreras, como estrategias de afrontamiento: vida libre de violencias, hábitat y vivienda digna, participación y representación con equidad, y educación con equidad. A continuación, se presenta la información recolectada al respecto.

Ilustración 6 - Mujer Raizal "Raizal Wuman".



Fuente: elaboración propia a partir de las corpocartografías. Traducción: Raizal Wuman "Mujer Raizal" - Piis a Huom "Pedacito de hogar" - Mi care "Yo cuido" - Tradishan "Tradición"- Koltioh "Cultura" - Famaly "Familia" - Family "Familia" - Huom "Hogar" - Community "Comunidad".

A. Derecho a una vida libre de violencias



Las experiencias compartidas por las mujeres evidencian que las violencias que enfrentan no son hechos aislados, sino expresiones cotidianas de desigualdades estructurales que afectan su cuerpo, su salud emocional y su vida social. En coherencia con el marco normativo del derecho a una vida libre de violencias —que reconoce que las agresiones contra las mujeres son manifestaciones de relaciones de poder desiguales (Ley 1257 de 2008; CONPES 14, 2021)—, sus relatos permiten identificar barreras profundas que limitan el acceso a este derecho.

En primer lugar, las mujeres describen cómo las violencias se inscriben en el cuerpo y la mente. Frases como *“no acepto violencias, merezco respeto”* expresan la exigencia de dignidad y el establecimiento de límites frente a agresiones directas. Sin embargo, también señalan la presencia de violencias silenciosas asociadas a la desigualdad

del cuidado. Cuando afirman *“somatizo cuando siento que hago todo sola”* (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025), dan cuenta de cómo la sobrecarga doméstica y la ausencia de corresponsabilidad generan malestar emocional, estrés y agotamiento.

Las corpocartografías profundizan esta lectura. Los corazones rojos ubicados en la frente, el pecho, el estómago o la pelvis representan la forma en que las violencias —físicas, psicológicas, sexuales, o institucionales— se alojan en el cuerpo. En sus palabras: *“mi cuerpo guarda lo que duele”, “el estómago carga lo que otros no ven”,* o *“el miedo se siente en la pelvis cuando vivimos acoso e inseguridad”* (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025). Estas representaciones revelan la carga mental, el miedo y la ansiedad que derivan de vivir en entornos donde persisten las violencias de género.

Sobre este tema, vale la pena mencionar que en el caso de las mujeres racializadas³, las violencias contra las mujeres adquieren un carácter diferenciado que no puede comprenderse sin atender a la intersección entre género, raza, clase y territorio. Sus experiencias evidencian cómo las violencias de género se

³ El término *mujeres racializadas* se utiliza para referirse a aquellas mujeres cuyos cuerpos, identidades y trayectorias de vida son social, histórica y políticamente construidos a partir de procesos de racialización, mediante los cuales se asignan jerarquías, estigmas y desigualdades en función de atributos fenotípicos, culturales o de origen étnico-racial. Esta categoría no alude a una condición biológica, sino a un proceso estructural vinculado al racismo, entendido como un sistema de poder que produce desigualdades materiales y simbólicas, y que se articula con el género, la clase, el territorio y otras relaciones de dominación. Desde una perspectiva feminista decolonial e interseccional, la racialización de las mujeres implica formas específicas y diferenciadas de violencia, explotación y despojo, inscritas en la historia colonial y reproducidas en las dinámicas contemporáneas del Estado, el mercado y la vida cotidiana (Crenshaw, 1991; Lugones, 2008; Curiel, 2013; Hill Collins, 2000)

entrelazan con prácticas de racismo estructural y cotidiano que refuerzan la desvalorización de sus cuerpos, saberes y formas de vida. Desde una perspectiva decolonial, estas dinámicas pueden leerse como expresiones de la colonialidad del género, en la medida en que los cuerpos de las mujeres racializadas han sido históricamente contruidos como disponibles, resistentes al dolor y responsables del sostenimiento de la vida, legitimando su sobreexplotación y la naturalización de múltiples formas de violencia (Lugones, 2008; Curiel, 2013; Segato, 2016). En este sentido, las violencias que ellas narran no se limitan a agresiones directas, sino que incluyen violencias simbólicas, institucionales y estructurales que operan de manera persistente en el espacio urbano, en los hogares y en su relación con las instituciones.

B. Derecho al hábitat y a una vivienda digna



Las experiencias de las mujeres raizales muestran que el acceso a una vivienda digna continúa siendo una fuente profunda de inestabilidad emocional, económica y comunitaria. A nivel individual, la preocupación por no contar con un lugar propio y seguro emerge como una carga constante que afecta su bienestar. Una de ellas explica que la incertidumbre habitacional “*se ancla en su mente y se traduce en ansiedad*” (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025), evidenciando cómo la precariedad en la tenencia repercute directamente en su salud mental, su capacidad de organización cotidiana y su sensación de seguridad. Estas afectaciones se manifiestan también en el cuerpo: los corazones negros en la cabeza, el estómago o la nuca, presentes en las corpocartografías, simbolizan cómo la ausencia de un lugar estable se convierte en tensión física, angustia y desgaste.

Sin embargo, la vulneración del derecho a la vivienda digna no recae únicamente en el ámbito individual. Para la comunidad raizal residente en Bogotá, la vivienda también implica un anclaje colectivo, un espacio desde el cual se sostiene el cuidado comunitario, la memoria y el sentido de pertenencia a San Andrés y Providencia. Durante años, la ausencia de un lugar propio para reunirse afectó no solo la posibilidad de encontrarse, sino la continuidad de su tejido comunitario. Los intentos fallidos por sostener una casa comunitaria, marcados por dificultades económicas, gestiones fallidas y despojos, muestran la fragilidad del hábitat comunitario cuando no existen garantías institucionales para su sostenibilidad. Solo tras años de organización, aprendizajes y persistencia se logró, finalmente, consolidar un espacio propio.

Estas experiencias evidencian que la vivienda digna es un derecho que articula dimensiones materiales, emocionales, culturales y políticas. Para las mujeres, no se limita a disponer de un techo, sino a poder

construir hogar, descanso, seguridad y arraigo. Para la comunidad raizal, implica además contar con un espacio reconocido y protegido donde se sostenga la vida colectiva, la cultura y la continuidad de sus vínculos territoriales con el archipiélago.

C. Derecho a la participación y representación con equidad

Las trayectorias de organización comunitaria de las mujeres raizales en Bogotá muestran que la participación no solo es un derecho fundamental para la ciudadanía plena, sino también una estrategia para sostener la identidad cultural y fortalecer el tejido social lejos del territorio insular. Sus relatos evidencian que este derecho se ejerce, pero también se disputa, en un escenario atravesado por obstáculos estructurales de género, etnicidad y migración.

Desde las primeras experiencias organizativas, las mujeres han sido parte esencial de los procesos de articulación comunitaria. Una de ellas recuerda cómo, siendo estudiante, participó en el *Club Archipiélago Unido*, creado por jóvenes raizales que llegaron a Bogotá y sintieron “*la necesidad de reunirnos, de mantenernos unidos*” (*Sabedora raizal, comunicación personal, 2025*). Esa iniciativa buscaba reflexionar sobre la situación de la comunidad en la ciudad, pero se vio interrumpida cuando un intendente “cerró la casa donde nos estábamos organizando, porque para él esa reunión no era importante”. Este episodio muestra cómo, históricamente, el ejercicio de la participación de la comunidad ha enfrentado decisiones institucionales que restringen su autonomía organizativa.

En los testimonios, el papel de las mujeres ocupa un lugar central. Su participación ha sido decisiva para sostener las prácticas comunitarias, los espacios culturales y las formas de transmisión oral del conocimiento. Como señala una integrante: “*la fuerza está en transmitir lo que heredamos de nuestras mayores... por eso creo que si miramos todos los procesos comunitarios en las islas, encontramos que la mayor parte de esas organizaciones son lideradas por mujeres*” (*Sabedora raizal, comunicación personal, 2025*). Esta persistencia refleja cómo el liderazgo de las mujeres raizales se vincula estrechamente con el cuidado del territorio cultural, incluso desde la ciudad.

La participación también ha tenido efectos transformadores en la vida de las propias lideresas. En una asamblea de conmemoración de los 15 años de la organización, una mujer expresó: “*nosotras no somos las mismas personas que llegamos; la organización nos transformó... nos volvió a nuestras raíces y nos dio sentido social*”. La participación, en este caso, opera como un mecanismo de fortalecimiento político, emocional y cultural, y como una vía para reconstruir comunidad frente al desarraigo.

Por otro lado, muchas de estas mujeres también ejercen liderazgo dentro de las instituciones distritales, donde son referentes para la preservación de las costumbres y la cultura raizal. Esto amplía la dimensión de la participación política y social, al demostrar que su incidencia trasciende el trabajo comunitario y se proyecta hacia escenarios de toma de decisiones, acompañamiento y orientación intercultural dentro del Estado local.

D. Derecho a una educación con equidad

En los relatos de las mujeres, la educación aparece no solo como un camino para ampliar oportunidades, sino como una herramienta central para su autonomía y para enfrentar las desigualdades que afectan sus trayectorias vitales. Una de ellas expresó su frustración ante la falta de oportunidades formativas, señalando que la desigualdad educativa *“es una forma de injusticia que afecta mis posibilidades de crecer”* (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025). Este sentimiento se repite en otras voces que resaltan que el derecho a la educación no se limita a la escolaridad, sino que también *“es para garantizar el reconocimiento de la curiosidad”*.

Las corpocartografías refuerzan esta lectura. El color amarillo —asociado al derecho a la educación con equidad— aparece en sus pechos, manos y cabezas como símbolo de un anhelo persistente de aprender, crear y transformar. Para una de ellas, el corazón amarillo en su frente sintetiza la rabia frente a un sistema que no asegura las mismas oportunidades para todos, una indignación que se convierte en conciencia política y en resistencia cotidiana. Otra participante destacó que el conocimiento es *“la base para la lucha por los derechos”* (Grupo focal, mujeres cuidadoras raizales, comunicación personal, 2025), ubicando la educación como un pilar para el liderazgo y la participación social. De manera reiterada, las mujeres describen la educación como camino para materializar proyectos de vida, mejorar su bienestar y fortalecer su autonomía.

Conclusiones

- El cuidado que ejercen las mujeres raizales trasciende el hogar y se proyecta sobre múltiples dimensiones de la vida: el cuerpo, la comunidad y el territorio insular como espacio simbólico y afectivo. Las participantes representaron el cuidado como responsabilidad cotidiana, búsqueda de equilibrio interno, preservación de la memoria, trabajo invisibilizado, red de apoyo y práctica marcada por roles de género persistentes.
- En el contexto de migración hacia Bogotá, el pueblo raizal ha sostenido su identidad colectiva mediante prácticas de cuidado comunitario lideradas por mujeres, quienes transforman el cuidado en una herramienta de cohesión social y acción política. Esto se evidencia en su papel protagónico en la creación y sostenimiento de la Casa Raizal. La migración ha reconfigurado la vida comunitaria, pero no ha debilitado el sentido colectivo raizal. Las mujeres han sido clave para reconstruir redes en Bogotá, preservar tradiciones, formar liderazgos y sostener procesos de incidencia política en defensa de su pueblo.
- En los hogares raizales, el cuidado opera simultáneamente como un dispositivo de preservación cultural y como un foco de sobrecarga para las mujeres, quienes sostienen la transmisión de saberes mientras enfrentan una distribución desigual del trabajo de cuidado.
- El cuerpo de las mujeres raizales es un espacio donde se inscriben las tensiones del cuidado y de la desigualdad, reflejando cómo la sobrecarga del trabajo de cuidado, la inestabilidad económica y las violencias afectan su bienestar integral. Por lo tanto, el autocuidado se ha convertido en una práctica de resistencia que resguarda su integridad física y emocional. Sus experiencias subrayan la urgencia de garantizar tiempo, recursos y apoyo familiar, comunitario e institucional para la redistribución del trabajo de cuidado.
- Las mujeres raizales viven una tensión constante entre su capacidad de agencia y las condiciones estructurales que limitan el ejercicio efectivo de sus derechos. Las violencias cotidianas, la falta de vivienda digna, las restricciones a la participación y la desigualdad educativa se articulan como obstáculos que impactan tanto su bienestar individual como la continuidad del tejido comunitario. Las experiencias permiten concluir que las mujeres raizales enfrentan un conjunto de barreras persistentes que afectan el ejercicio pleno de derechos. Estas barreras operan simultáneamente en lo individual, lo comunitario y lo institucional, lo que demanda respuestas integrales que reconozcan su interseccionalidad, fortalezcan sus procesos organizativos y garanticen condiciones materiales, simbólicas y políticas para el ejercicio efectivo de sus derechos en la ciudad.

Bibliografía

Celi, B., & Ezquerro, S. (2020). *Economía feminista y organización social del cuidado*. Madrid: Los Libros de la Catarata.

CONPES 14. (2021). *Política Pública de Mujeres y Equidad de Género*. Consejo Nacional de Política Económica y Social, Departamento Nacional de Planeación, Bogotá.

CONPES D.C. 38. (2024). *Política Pública del Pueblo Raizal en Bogotá D.C. 2024–2036*. Consejo Distrital de Política Económica y Social del Distrito Capital; Alcaldía Mayor de Bogotá D.C.

Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241–1299.

Curiel, O. (2013). *La nación heterosexual: Análisis del discurso jurídico y el régimen heterosexual desde la antropología de la dominación*. Buenos Aires: Brecha Lésbica.

Del Moral, L. (2018). *La organización social del cuidado: perspectivas feministas*. Madrid: Tirant lo Blanch.

Díaz, C., & Elizalde-San Miguel, M. (2020). Cuidado, bienestar y desigualdad: debates desde la economía feminista. *Revista de Economía Crítica*, (29), 37–54.

Drullard, C. (2023). *Interseccionalidad y desigualdades contemporáneas*. Buenos Aires: CLACSO.

Espinosa Miñoso, Y. (2014). De por qué es necesario un feminismo descolonial: diferenciación, dominación co-constitutiva de la modernidad occidental y el fin de la política de identidad. *Solar*, 10(1), 141–171.

Evers, A., Pijl, M., & Ungerson, C. (1994). *Payments for care: A comparative overview*. Aldershot: Avebury.

Hill Collins, P. (2000). *Black feminist thought: Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. Nueva York: Routledge.

Livingston Arriaga, J., Archbold Martínez, I., & Robinson Davis, D. (2022). *Raizales, una etnia por conocer: breve recorrido por su historia y cultura*. Bogotá: Secretaría de Educación del Distrito; Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC).

Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, (9), 73–101.

Meisel Roca, A. (2005). *La continentalización de la isla de San Andrés, Colombia: 1953–2003*. Cartagena: Banco de la República.

Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía: aportes para un debate sobre el conflicto capital–vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Razavi, S. (2007). *The political and social economy of care in a development context*. Ginebra: United Nations Research Institute for Social Development (UNRISD).

Sanchís, N. (2020). *Cuidado comunitario y sostenibilidad de la vida: aportes desde los feminismos latinoamericanos*. Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo.

Tronto, J. (1993). *Moral boundaries: A political argument for an ethic of care*. Nueva York: Routledge.

Vega, C., Martínez, J., & Paredes, M. (2018). *Cartografías del cuidado: debates latinoamericanos*. Quito: FLACSO Ecuador.



Dih kier laik Resistans: Raizal Wumans, Kiiprs af
Kolcha ahn Raitis Difendas inah Diaspora

El Cuidado como Resistencia: Mujeres Raizales,
Guardianas de Cultura y Defensoras de Derechos
en la Diáspora

Observatorio de Mujeres y Equidad
de Género – OMEG

Informe Final. Bogotá D.C.
Diciembre, 2025